

UNA VIDA POR LIBRE. FRAGMENTOS [2ª PARTE]

JOSÉ SILES ARTÉS

Escritor

Hay cambios en la vida de las personas y de las sociedades que ocurren paulatinamente, sin apenas darnos cuenta. Y hay cambios que se producen en un momento dado y rotundamente. Estoy pensando en el día que los nacionales entran en Garrucha-marzo de 1939. A partir de ese momento —yo voy a cumplir los nueve años el dos de abril— los recuerdos me acuden ensartados, como las cuentas de un collar, como una película con imágenes y escenas vinculadas entre sí y en sucesión. Y yo me veo dentro de esa película, presenciando y hasta tomando parte de la manera que a continuación relato.

LA VIDA ES MILICIA

Cada hora, cada día, especialmente los niños, tenemos que empezar a aprender cosas nuevas. Ya no tenemos Presidente de la República, ni siquiera República. Tenemos a Franco, al que llaman general o generalísimo, y también caudillo. En la escuela han colgado el retrato de Franco que viste de militar. Tiene la barbilla un poco alzada y los ojos, grandes, son como los de un niño bueno que está orgulloso de cumplir con todas las normas del colegio. A su lado se ve otro retrato, el de un hombre más joven, el cuello de la camisa desabrochado. Tiene el pelo negro, aplastado, entradas, y unos ojos negros algo abultados. Este es José Antonio Primo de Rivera, del que se habla todo el tiempo como un gran héroe, aunque a mí (y a los niños en general) me resulta difícil comprender por qué es tan importante. Sabemos que fue el fundador de la Falange, pero ni de él ni de ésta habíamos oído hablar hasta que entraron los nacionales. Ah, José Antonio no está vivo, lo mataron los «rojos» durante la guerra. Los rojos son los vencidos, que antes se llamaban aquí los «leales». Los leales llamaban «rebeldes» a los nacionales, y ahora los rebeldes son los rojos. O sea, las cosas se han vuelto al revés. ¿Y qué es la Falange? Yo no lo sé muy bien,

pero sí veo más claro quiénes son los falangistas. Visten camisa azul y pantalón negro y son los que mandan. Tienen una bandera roja y negra adornada con un yugo y unas flechas. El yugo es una de las muchas palabras que estamos aprendiendo. Se lo pregunté a mi padre y me dijo que sirve para unir una pareja de bueyes o mulas, pero por aquí no se estila, casi nadie sabíamos lo que era este objeto. Los falangistas están empeñados en que todo el pueblo se haga falangista, cosa que resulta bastante pesada. Han hecho grupos por edades, y cada grupo tiene su nombre. Los jóvenes estamos divididos en «cadetes», «flechas» y «pelayos», que son los más pequeños. Yo soy «flecha».

El trajín empezó al aparecer con un aviso sellado en la fachada del Ayuntamiento, convocando a toda la población juvenil para alistarse en la filas de la Falange, precisando que la comparecencia era «obligatoria» —bueno, raro es el día que no aparece alguna orden «obligatoria»—. Los zagales nos presentamos en un local al lado del Ayuntamiento —allí había ido yo de párvulo a la escuela antes de la guerra y me había enamorado de la maestra doña María Jiménez, y también creo que ella estaba enamorada de mí—. Nos fueron llamando uno a uno, nos preguntaban el nombre y la edad, nos apuntaban en una lista y nos decían a qué grupo quedábamos incorporados. Mi hermano Gabriel, casi dos años menor que yo, no tenía edad para formar parte de los flechas y se ha quedado en pelayo, lo cual me ha puesto muy contento; no tendré que estar cuidando de él, estoy harto de aguantar sus niñerías. A la tarde, cuando ya estuvimos todos apuntados, apareció un segundo aviso citándonos para el día siguiente, «sin falta», para «hacer instrucción».

La «instrucción» es lo que ya han empezado a hacer los mayores en la plaza del mercado. Se colocan en filas de tres formando un bloque y hacen una serie de ejercicios que les ordena un jefe de Falange. Yo los estuve mirando durante un buen rato y me di cuenta de que lo importante es que

hagan los movimientos todos al mismo tiempo. Así, cuando el jefe grita, «¡Alto!», deben todos frenar en seco, como un solo hombre. Cuando ordena, «¡A cubrirse!», deben colocar la palma de la mano sobre el hombro del que está delante con energía y sin retraso, aunque hay unos cuantos que son muy torpes y lo estropean todo; entonces el instructor se indigna. «¡Don Paco, no da usted pie con bola! ¡Don Eusebio, más energía! ¡Don Mateo, es usted un desastre! ¡Don Juan, más atención, más interés!»

Don Juan es mi padre, que yo veo que baja la mano a destiempo y que tropica el paso. El instructor lo observa constantemente y no le deja pasar una: «Don Juan, ¡otra vez!»

Me hace sufrir mucho mi padre, que no debería hacer la instrucción, porque todo lo que sea ejercicio físico se le da muy mal. No sabe, por ejemplo, montar en bicicleta, y aunque nada, lo hace muy mal.

— *Hay que ir a hacer la instrucción para no ser mal visto por el Régimen* —explicaba mi madre a mi abuela el otro día. Tuvo también que explicarle que la instrucción consistía en moverse en formación como hacen los soldados.

— *Todos los varones útiles, hombres, muchachos y niños tienen que recibir instrucción militar.*

— *¿Para qué? ¡Si la guerra ya concluyó!* — Mi abuela siempre dice «concluir», nunca «terminar».

— *Eso digo yo. ¡Como si no hubiéramos tenido bastante con una guerra!*

Esta conversación tenía lugar en el patio de mi casa, donde mi abuela regaba sus macetas, mientras mi madre metía en un barreño de agua hirviendo varias camisas, para sacarlas teñidas de azul.

— *¿Por qué azul?* —quiso saber mi abuela, que le cuesta mucho enterarse de todo lo que está pasando.

— *Porque es el color que llevan los falangistas. Todos los jóvenes deben llevar camisa azul cuando vayan a hacer la instrucción.*

Cuando empezamos sólo se veían dos o tres camisas azules, ahora la tenemos todas, y si alguno se presenta sin ella le echan la bronca.

Pasan lista, y al que falte lo mandan a buscar a casa. Pero hay varios zagales que están dispensados de la instrucción por el médico. Están flacos y

endebles del hambre pasada durante la guerra. En mi casa también hemos pasado mucha hambre, aunque no hemos llegado al extremo de esas familias que digo. Algunos niños viven con abuelos ancianos u otros parientes que apenas pueden alimentarlos. Son niños que se han quedado huérfanos, o los padres se hallan huidos o en la cárcel.

La enfermedad y el hambre causan víctimas entre los más débiles y ancianos. Raro es el día que no hay un entierro, y de alguien tan pobre que su cadáver es llevado al cementerio en el «ataúd de la ánimas», que es propiedad del Ayuntamiento y se utiliza una y otra vez, y de tanto uso la tela que lo cubre está desgarrada y tiene calvas donde se apoyan los hombros de los que lo llevan. Mis hermanos y amigos suyos están participando en estos acompañamientos hasta el cementerio.

El primer día de instrucción el jefe, de camisa azul, pantalón negro y boina roja, nos mandó formar en filas de tres, sacó la lista y se puso a nombrarnos, y si alguno respondía «servidor», porque es lo que hemos aprendido todos en la escuela, él corregía:

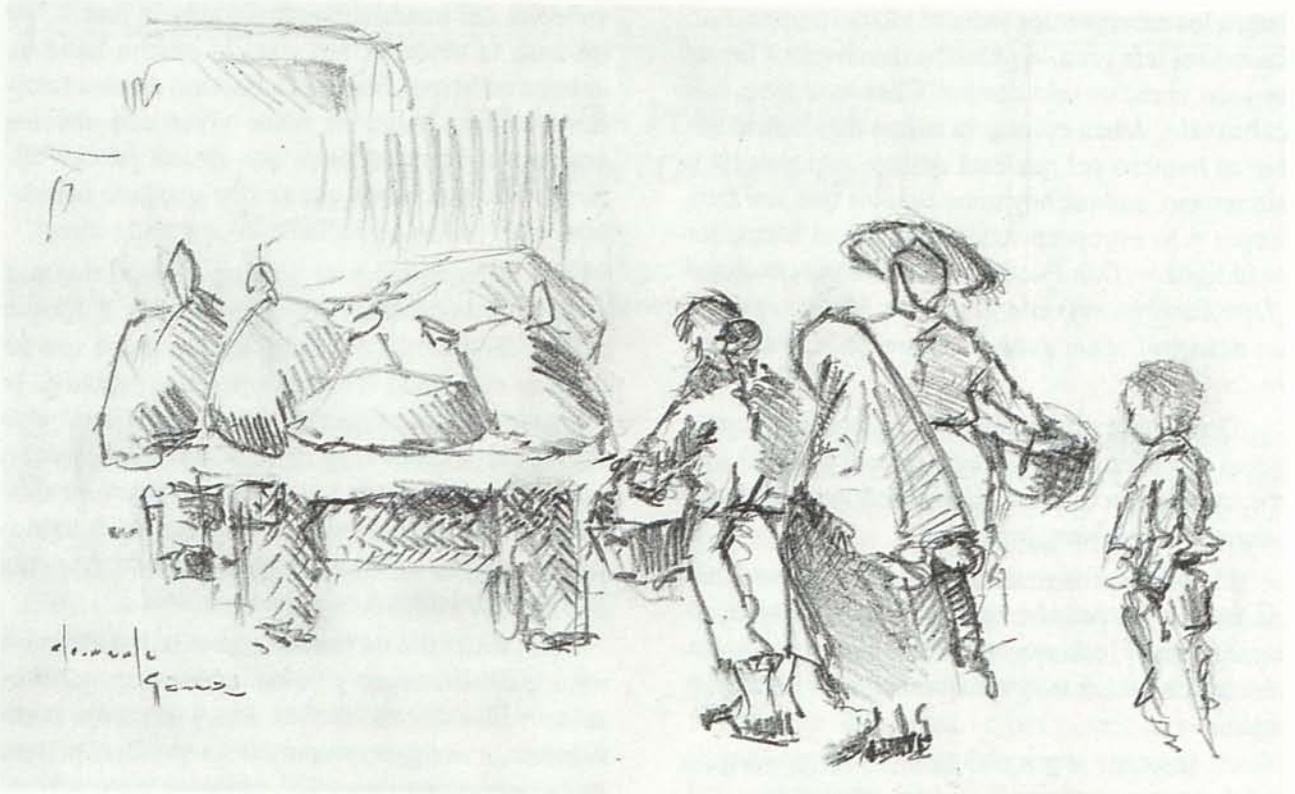
— *«¡Presente!», camarada, ya os he advertido que en la Falange se contesta «presente».*

Yo estaba muy atento y cuando dijo mi nombre solté mi «presente» sin dudar, pero a mí mismo me resultó raro, como tantas de las cosas que nos están haciendo aprender.

Uno de los nombrados no contestó, no estaba, el jefe repitió el nombre varias veces, hizo una señal en la lista y mandó a dos de los mayores a su casa, ordenándoles que lo trajeran a la fuerza si era necesario.

Aparecieron con él al rato, un niño que había ido a la escuela de mi padre y que tenía cinco hermanos menores y dos mayores, y estos se fueron al frente y nunca volvieron. El padre estaba navegando y de higos a peras mandaba algo de dinero. La madre se iba todas las mañanas a la lonja, y cuando los barcos llegaban con buena pesca, los pescadores le regalaban puñados de boquerón, sardina o jurel, que ella vendía por los cortijos. Recorría los caminos a pie, con su canasta de pescado sobre la cabeza.

«*Por haber faltado a la instrucción tienes que cumplir un arresto*», le comunicó el jefe al hijo de la pescadera. «*Así aprenderás que la Falange es ante todo disciplina. El tiempo de la anarquía en que nadie obedecía a la superioridad se ha acabado*».



En los primeros meses de la posguerra, cada semana llegaba el camión de racionamiento a Garrucha.
(Dibujo de Clemente Gerez)

Lo metieron en una habitación pequeña y oscura destinada a calabozo, con un chico de guardia a la puerta. Lo vi desde el umbral: de tanta hambre como venía pasando se le había quedado un cuellecillo de canuto, que parecía que no podía sostener la cabeza. La cara la tenía sumida y los ojos salidos, como dos bolas negras.

En las tiendas de comestibles no hay nada que vender hasta que llega el día del reparto. Cada semana viene un camión con harina, lentejas, boniatos y cosas así, y entonces cada familia puede retirar lo que le corresponde: tantos gramos por cabeza de cada artículo. Apenas llega para los siete días, pero la verdad es que menos comíamos aún durante la guerra. Uno de los maestros del pueblo, don Bienvenido, se dio tan gran atracón cuando llegó la primera ración de víveres, que su cuerpo no lo pudo soportar y murió —era un hombre mayor, desde luego—. Tenía su escuela junto a la de mi padre.

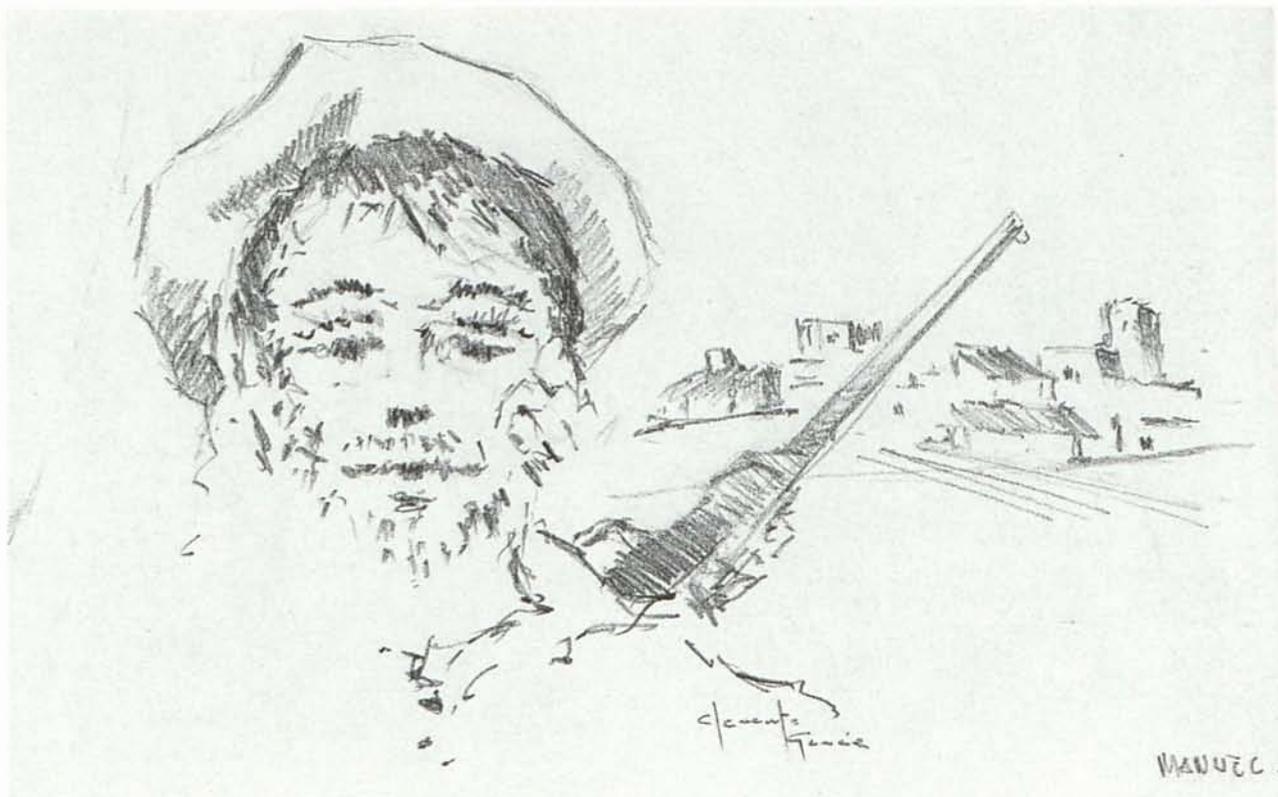
EL REGRESO DE MANUEL

El mismo día que entraron los nacionales regresó al pueblo un joven que había hecho la guerra en el ejército republicano. En los días siguientes fueron apareciendo más, y por fin lo hizo mi hermano Manuel, que había sido alistado con dieci-

siete años, cuando ya era desesperante la necesidad de reponer las bajas. Lo destinaron a Los Yébenes, un pueblo de Ciudad Real, y allí permaneció en retaguardia todo el tiempo. Corrió más peligro en el viaje de regreso a casa, pues la dispersión de su regimiento empezó unos días antes de concluir la guerra, y un avión de Franco estuvo lanzando metralla contra aquella tropa en desbandada. Mi madre llegó a temer que los de ahora pidieran cuentas a mi hermano, pero no se meten con los que han sido soldados rasos o cabos y no tienen antecedentes políticos. Desde suboficial para arriba sí les forman juicio, pero éstos se hallan en su mayoría huidos.

Manuel tardó una semana en el viaje de regreso. Caminaba con otros compañeros siguiendo las vías del ferrocarril, evitando los pueblos para no ser detenidos por la guardia civil. A los cortijos sí se acercaban y pedían de comer. Llegó a Garrucha cuando se estaba poniendo el sol, pero no se vino directamente a casa. Se presentó en casa de Dolores *La Venena*, que se quedó espantada de lo malparado que venía, hasta el punto de que al pronto no lo reconoció. Creyó que era un mendigo hambriento y maloliente.

—*¡Pero si es Manolico, madre!* —exclamó Ana María.



Manuel regresa de la guerra. (Dibujo de Clemente Gerez)

Ana María estuvo de niñera con nosotros hasta que estalló la guerra. Nos ha criado a mis hermanos menores y a mí.

Tenía tanta hambre Manuel que se comió de una sentada medio pan y se bebió medio litro de leche de cabra. Se aseó y se puso unos pantalones de Juan, el hijo de Dolores, que es pastor.

— *Pero como le estaba tan ancha la ropa no quería aparecer con ella por el pueblo, y por eso es por lo que esperó a que se hiciera de noche* —explicó Ana María a mi madre.

— *¡Mira que es presumido mi hijo!* —exclamó mi madre.

TIEMPO DE PENITENCIA

De la noche a la mañana, nos vimos sometidos a una intensa, incansable inductación católica, llegando primero unos misioneros que predicaron con denuedo, enseñaron himnos religiosos y repartieron breviarios. Luego tomó posesión un párroco, don Pedro, que tomó el testigo con afán vindicativo. A mi padre lo puso en su punto de mira. Aquel era un pueblo de «rojos». Una noche del verano del 39 me despertaron voces a la puerta de mi casa. A mis padres les gustaba tomar el fresco frente al mar, y a menudo se unía algún amigo y

hacían conversación. Cuando hablaban alto se les podía oír desde mi habitación, donde dormían también mi abuela Francisca y mis hermanos Gabriel y Antonio. Una puerta cristalera nos separaba de otro cuarto que daba sobre la acera del Malecón y cuya ventana solía estar abierta para que entrara el aire fresco del mar. No logro entender lo que están hablando los mayores, pero debe ser algo importante por el tono. Vuelvo el cuerpo con mucho cuidado, no quiero que me oiga mi abuela, que seguro está despierta —siempre está despierta—. Ya estoy sentado al borde de la cama y tengo los pies sobre el suelo; alzo despacito el culo, pero entonces cruje el somier.

— *¿Eres tú, Pepico?*

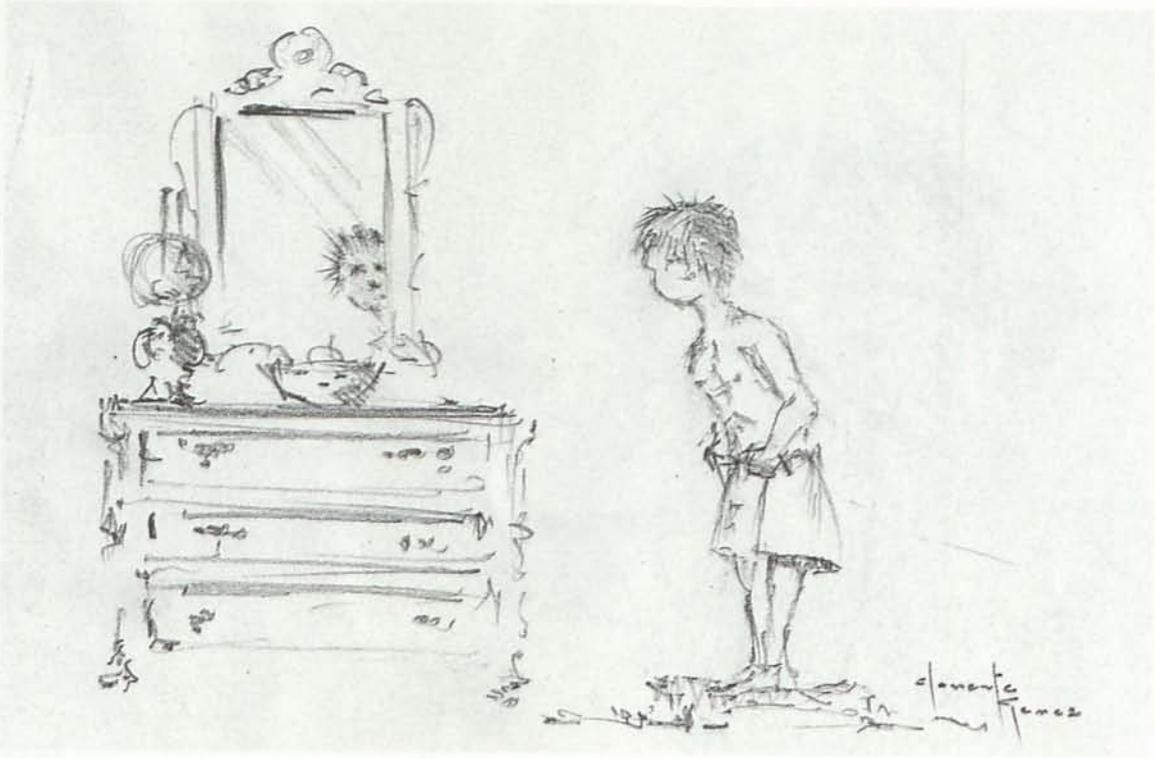
Mi abuela tiene a veces oído de tísico; otras no se entera de nada. Mi madre dice que es sorda de conveniencia.

— *Sí, abuela.*

— *¿Qué haces?*

— *Nada.*

Ya estoy en la habitación de al lado y me siento en una silla. La luz de la luna, que pinta todo el suelo, me deja verme en el espejo colgado encima de la cómoda. Estoy en calzoncillos, tengo un



José, con una delgadez extrema, se refleja en el espejo. (Dibujo de Clemente Gerez)

cuerpecillo delgado, cara de pito y un flequillo que me llega a media frente. Está hablando don Pedro, el cura del pueblo. Una gran parte de los maestros de este país se ha dedicado a dar una enseñanza atea durante muchos años. Miles y miles de niños dejaron de ser educados en el temor a Dios y en el respeto a la Santa Madre Iglesia. Esos maestros prepararon las conciencias para las atrocidades que se han cometido en zona roja. ¿Por qué extrañarse y quejarse ahora de que el nuevo Estado les pida responsabilidades?

Nadie le responde, mi padre carraspea, se oye el murmullo del mar, esta noche en calma. Don Pedro se envalentona:

— ¿Es cristiano quitar el crucifijo de las escuelas? Díganme, díganme si eso es cristiano.

— Eso fue una norma del Gobierno de la República que hubo que cumplir obligatoriamente.

Es mi madre la que ha contestado por fin —tiene la voz alterada—. Me lo estaba temiendo.

— ¡Hubo buenos maestros que tuvieron el valor de no cumplirla! —ruge don Pedro—.

— Pero no por eso se es más cristiano. Cristiano es cumplir los mandamientos de la Ley de Dios.

El cura se ha quedado unos momentos callado, pero luego arremete con más fuerza:

— Usted, doña María, es católica, ¿no?

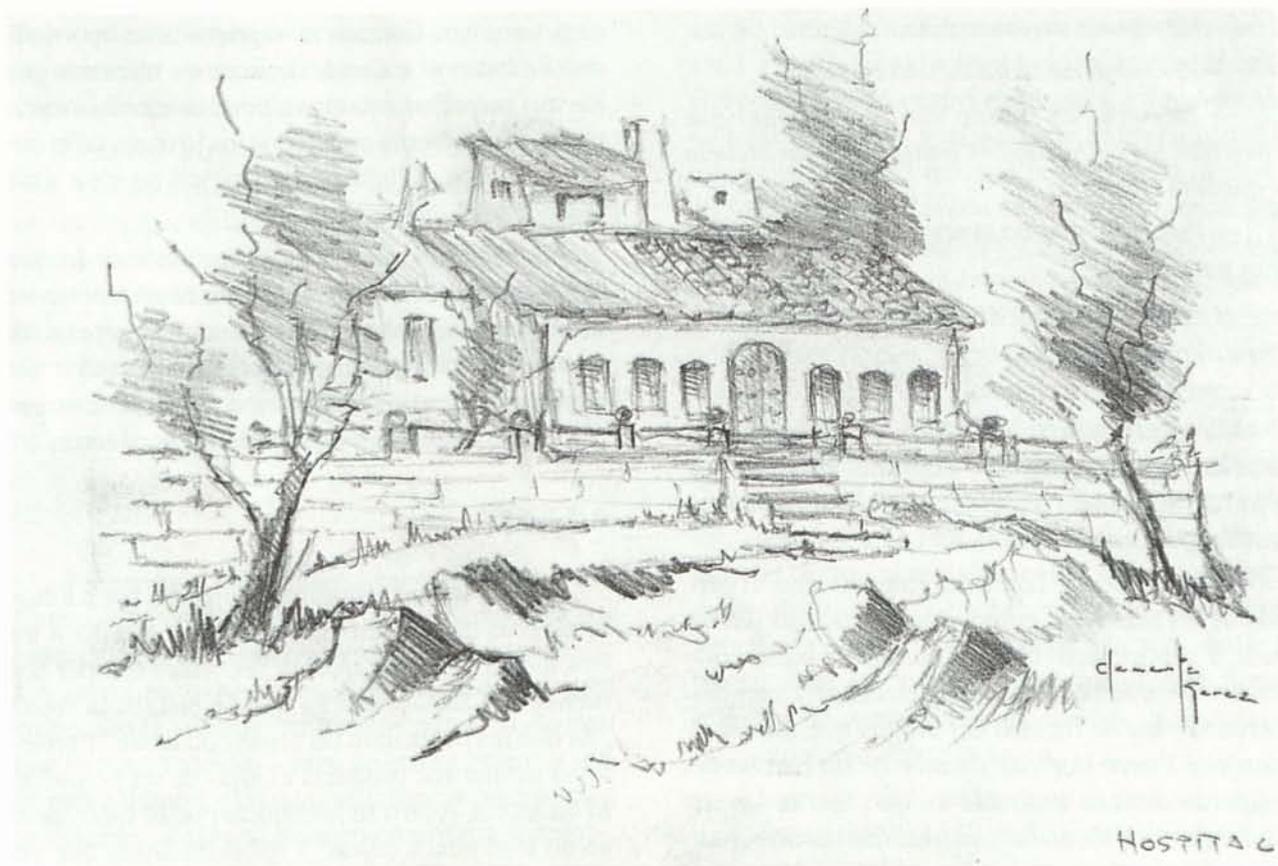
— Y apostólica y romana, y mi tío Gabriel fue párroco de Instinción, donde está enterrado en el convento de la Divina Infantita y todavía se le recuerda por su santidad.

Este tío Gabriel era hermano de mi abuela. Sus ropajes, bordados en oro, han estado escondidos en el hueco de la chimenea durante la guerra. Era muy peligroso tener cosas de iglesia. Un retrato del cura cuelga junto a sus padres y mi abuelo José, el marido de mi abuela, en una de las habitaciones de la casa.

— Entonces sabrá usted —replica don Pedro a mi madre— que además de los mandamientos de la ley de Dios están los de la Santa Madre Iglesia, que son cinco, y el primero obliga a «oír misa entera los domingos y fiestas de guardar». O ¿no?

Esto va por mi padre, pues el cura anda diciendo por el pueblo que el maestro don Juan Siles es de los que no han pisado la iglesia hasta que entraron los nacionales. Pero esta noche mi madre no está dispuesta a callarse:

— Sí, don Pedro, pero hay quien se da muchos golpes de pecho y no ama a Dios ni al prójimo ni cumple con la Ley de Dios, ¿a que sí? Mi madre está ya indignada, y es entonces cuando interviene mi padre:



El Hospital, situado en la parte alta del pueblo, era sede de las escuelas naciones. (Dibujo de Clemente Gerez)

— *María, ¿oyes? El niño está llorando.*

Mi madre, obediente, entra en la casa. Yo me meto rápidamente entre las sábanas y mi abuela me pregunta en la oscuridad:

— *¿Estás ahí Pepico?*

— *Sí, abuela.*

— *Pues duérmete ya, que es muy tarde.*

Yo estoy totalmente despierto mientras me repito una y otra vez la frase de mi padre: «María, el niño está llorando».

Ningún niño estaba llorando, pero yo ya sabía que mi padre quería decir a veces cosas que no eran las que decía; había que adivinarlas. Te hablaba mirándote a los ojos, comunicándote un mensaje que enseguida comprendías.

Un día acompañé a mi padre a comprar pescado a la plaza. Sólo se podía comprar un quilo por familia por orden del alcalde. Había entrado muy poco pescado en la lonja y, como ya he dicho, las tiendas no vendían más comestibles que los del racionamiento.

Nos pusimos mi padre y yo en la cola, cada uno con un cesto en la mano. Cuando nos llegó el

turno, el pescadero pesó un quilo de sardinas y lo echó en el cesto que le tendía mi padre. Luego mi padre me dijo en voz que podían oír los que estaban cerca:

— *Abre ahí que te echen el pescado de la abuela. Y así lo hizo el pescadero sin decir una palabra, con lo que nos llevamos dos quilos, como si mi abuela viviera en casa aparte.*

Entre sueños oigo ruido de sillas y voces de despedida, entre ellas la de don Pedro, al que empiezan a llamar en el pueblo, don Pedro *El Cruel*.

PREOCUPACIÓN

Los maestros del pueblo han tenido que rellenar un papel contestando a unas preguntas que les hace el Gobierno de Franco. Deben decir si han pertenecido a algún partido político, si han tenido cargos durante la República y cosas así. Yo me entero de todo esto porque escucho a mi madre cuando habla con mi abuela en la cocina.

— *Juan está muy preocupado* —decía mi madre a la suya.

— *Tu marido no tiene nada que temer, María; todo el mundo en el pueblo lo quiere.*

— *Hay gente muy resentida.*

— *Pero si él no se ha metido en nada.*

— *En nada; en cuanto vio los desmanes que cometían los cabecillas se limitó a ir a su escuela y quedarse en casa.*

— *Pues eso, y como tampoco pertenecía a ningún partido...*

— *¡Que sí!* —aseguró mi madre bajando la voz.

— *¿Cuál?*

Mi madre acercó los labios a la oreja de mi abuela, como confiándole algo inconfesable. Lo dijo tan flojito que yo me quedé sin saber a qué partido político pertenecía mi padre.

Era miembro de Izquierda Republicana, el partido de los azañistas, como supe muchos años después. Y sobre la actividad política de mi padre conservo un recuerdo sobre unas elecciones que debieron ser las de febrero del 36, las que dieron el triunfo al Frente Popular, o unión de las fuerzas de izquierda. Menos probable es que fueran las de noviembre del 33, en las que ganaron las derechas, pues entonces yo sólo tenía tres años.. Veo a mi padre en el comedor de la casa leyendo en voz alta una lista de nombres con un amigo, y yo, un pequeñajo, repitiendo los nombres como un papagayo. Veo un coche que lleva votantes al colegio electoral del Hospital (entonces las escuelas nacionales), situado en la parte alta y en un extremo del pueblo.

Muestra del fervor republicano de mi padre es que izó la bandera republicana en el edificio de su escuela, anticipándose unas horas al propio Consistorio del pueblo. No tardaría en ser elegido concejal, cargo que desempeñó activamente entre el 31 y el 32 al frente de los asuntos de enseñanza.

ESTUDIOS

Mis hermanos Manuel y Juan, como otros muchachos y muchachas de la comarca, estudiaban en el Instituto de Segunda Enseñanza de Cuevas de Almanzora. Un autocar los recogía por la mañana y los traía por la tarde. En el primer año de guerra cerró sus aulas aquel centro, y aunque las abrió en los dos siguientes, funcionó muy mermadamente. A Manuel sólo le quedaban dos o tres asignaturas para concluir el bachillerato, y ahora mi padre le urge una y otra vez que deje de lado la lectura de novelas y se concentre en serio en los libros de texto. A Juan le quedan dos cursos

para terminar, Carmen ni siquiera tuvo oportunidad de hacer el examen de ingreso, mientras que los tres pequeños estamos aún en la enseñanza primaria. El problema para todos los jóvenes de la comarca es que el instituto de Cuevas no va a abrir sus puertas.

— *Lo han suprimido porque nada de lo que fundó la República agrada a los de ahora* —le he oído que comentaba el farmacéutico Fuentes a mi padre, mientras contemplaban el mar sentados a la puerta de mi casa. Yo escuchaba, como de costumbre, desde el despacho, con la ventana abierta.

APODOS

Para la mente infantil la lógica de los adultos es a veces desconcertante, como me sucedía a mí con los mote. ¿Por qué un señor llevaba por sobrenombre *El Sopas*? ¿Es que le gustaba la sopa? ¿Es que le encantaban las sopas con leche? Perplejidad similar me producía el alias de un pescador, *El Salmolía*. A otro se le conocía por *El Cojo*, pero yo no le vi nunca cojear. Y había un *Sordo* que oía perfectamente. Todas estas inexactitudes me producían cierta confusión.

Felizmente había otros sobrenombres más veraces. *El Tío Panza* era un señor con barriga, aunque no tanta. *El Campanero* no se dedicaba a tocar o fabricar campanas, sino que era dueño de una céntrica fonda llamada *La Campana*. Isabel *la del Carro* tenía una posada a la entrada de Garrucha por Mojácar, en cuyo patio —¡qué casualidad!— se veía siempre un carro con las varas hacia arriba. Luis *el de las Bambas* vendía bambas y bizcochos por las escuelas. Gregorio *el de la Perra Gorda* se apodaba igual que su padre, un señor que vendía a plazos por las casas, con un recibo semanal de perra gorda (diez céntimos). Gregorio hijo, muy obeso, era del mismo curso que mi hermano Manuel en el Instituto de Cuevas de Almanzora. Gregorio debió desaparecer de Garrucha durante la guerra o nada más acabar ésta. Se hizo maestro, mantuvo correspondencia con Manuel toda la vida, pero no volvieron a verse.

A Sebastián *el Albéitar*, como a algunos más, se le nombraba por su oficio, pero Pedro *el del Gas* no tenía para mí explicación, pues era fondista. El Jabonero era peluquero. Andrés *el de la Ictericia* se dedicaba a curar esta enfermedad por medio de una terapia de terror. Ante el paciente representaba una escena de contorsiones y gestos vesánicos y furibundos que supuestamente le desalojaba el mal.

Previo a cada «ataque» se tomaba una copa de licor que le servía su mujer. Venía a su consulta gente de todo el contorno; tenía mucha fama.

El Rubio Bigotes, un señor de un rubio azafrán, visible a distancia su empingorotado bigote, vestía siempre un amplio blusón plisado y se dedicaba a vender pescado por los pueblos de alrededor, para lo que se valía de un vehículo muy singular, un pequeño coche Ford convertido en camioneta, no siendo la única metamorfosis de este género en el pueblo, a cuyos ejemplares se les llamaba popularmente «folitres».

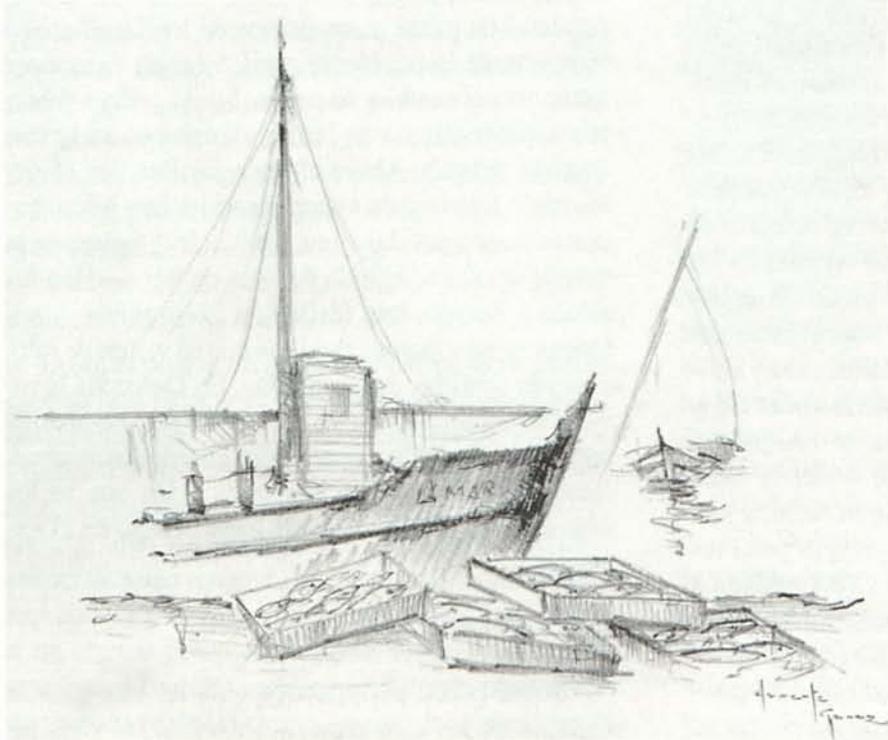
EL PUEBLO

Recuerdo a los folitres aparcados junto a la Caseta del Pósito de Pescadores, esperando la subasta del pescado, que era descargado sobre la misma arena en cajas de madera. Inmediatamente empezaba la subasta, en que los números —igual que se hace todavía— iban de arriba abajo; o sea, de más a menos: «Treinta, veintinueve, veintiocho, veintisiete...» Hasta que alguien gritaba, «¡mío!», y se acabó la cuenta. La mayoría de estos compradores eran los llamados «remitentes», que compraban para vender fuera del pueblo. La pesca era la riqueza tradicional de Garrucha, que carecía de toda agricultura, ya que su término municipal se limitaba exclusivamente a su casco urbano. Por un extremo de éste empezaba el territorio de Vera, y por el otro el de Mojácar. Garrucha es un pueblo moder-

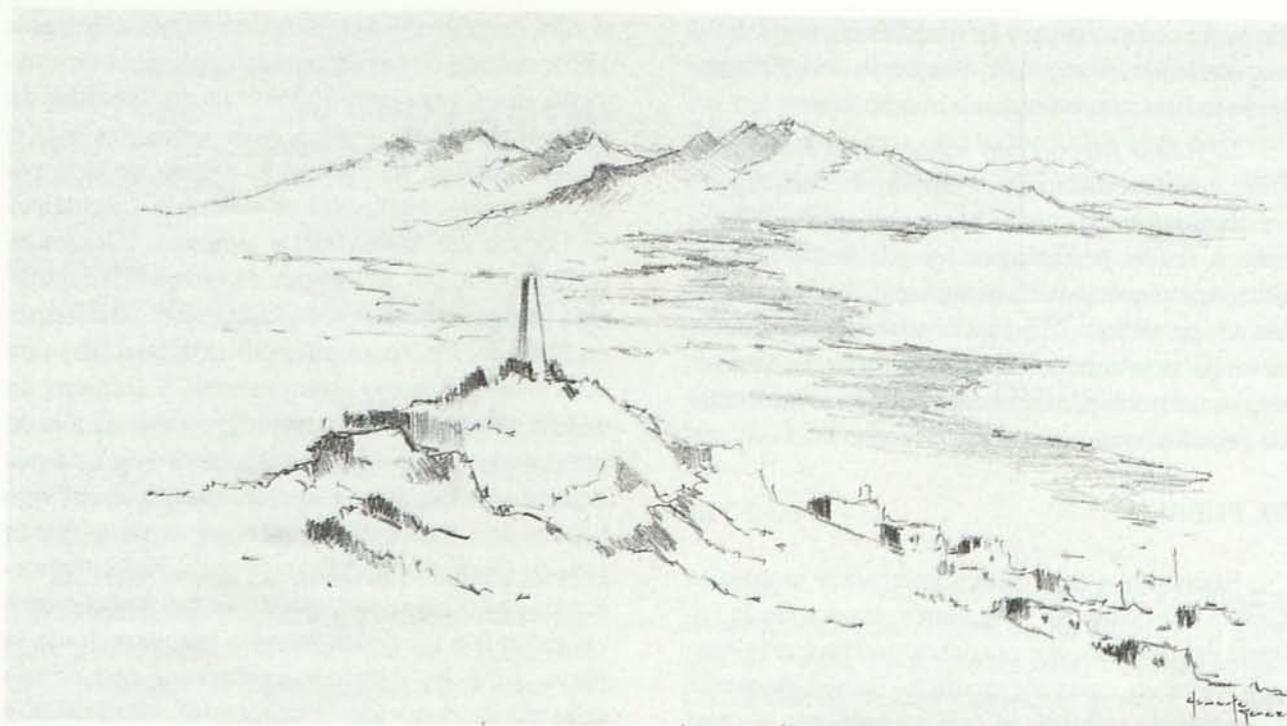
no. Su carta de municipio no se remota más que a 1861, cuando de ser un poblado pesquero, se convirtió en un gran centro exportador y fundidor de mineral de plomo y plata, y de industrias más o menos vicarias. El mineral se extraía de la sierra de Almagrera, enclavada en el término municipal de Cuevas del Almanzora y a escasos kilómetros de Garrucha. Fue una época de prosperidad inusitada que se inició con el descubrimiento del llamado Filón del Jaroso, originando un desarrollo y una actividad que atrajo a empresarios y técnicos de dentro y fuera de España y que creó abundancia de puestos de trabajo. Es una epopeya que está por llevarse a la literatura y al cine, que yo sepa, y que bien podría llamarse *La fiebre de la plata*. En la rada de Garrucha anclaban entonces barcos procedentes de diversos puertos europeos, los cuales eran cargados por medio de grandes barcazas desde la playa. Eran las llamadas «gabarras», que siendo niño yo he conocido abandonadas, cuarteadas y resquebrajadas sobre la arena.

La prosperidad del Levante almeriense empieza a decaer hacia 1880, señalándose como causa principal la caída del precio del mineral en los mercados internacionales. Gradualmente fueron cerrando pozos e industrias, apagándose hornos y quemándose al sol las gabarras sobre la playa. Y simultáneamente el capital se retiró, dejando a la población obrera frente al paro y el hambre, población que en gran parte se vio obligada a emigrar. En mi infancia perduraban todavía mudos testigos

de la pasada prosperidad. A todo lo largo de la costa había, y aún hay, depósitos de escorias, chimeneas industriales, cargaderos de mineral y naves y almacenes más o menos en ruinas. Era un esquelético, fosilizado contra-fondo que daba al paisaje una escalofriante nota de desolación. Las modernas urbanizaciones costeras han engullido toda aquella ruina, aunque dejando algún testigo, como la chimenea de la desplatación de San Jacinto al Norte de Garrucha, mientras que la llamada «chimenea del Calvario» del mismo pueblo es,



La pesca, la principal actividad de la Garrucha de posguerra. (Dibujo de Clemente Gerez)



Sierra Almagrera desde la chimenea del Calvario. (Dibujo de Clemente Gerez)

desde su altozano, una seña de identidad. El testigo de más envergadura y más significativo es sin embargo la modesta sierra de Almagrera, promontorio proyectado en perpendicular hacia la costa, que muestra descarnadamente las cicatrices de las mil perforaciones perpetradas en su piel.

Tras la ruina industrial, la pesca volvió a ser un capítulo básico de la economía del pueblo, pero siempre sometida a los embates de los temporales y a la irregularidad de las capturas, más la modesta cotización que el pescado entonces alcanzaba en el mercado. Los pescadores pasaban frecuentes intervalos de auténtica hambre. Este pueblo rigurosamente urbano contaba por fortuna con una cierta infraestructura comercial de la que se surtían núcleos rurales próximos. Disponía también de oficinas de teléfonos, telégrafos, correos, una Ayudantía de Marina y una Aduana. Y como fiel producto de exportación, muy por debajo de la importancia del mineral, quedaba el esparto, que embarcaban airoso faluchos. Debe señalarse además la ambición y tesón de mis paisanos, que nunca se resignaron pervivir en la decadencia. Siempre tuvieron claro que si en el pasado el desarrollo de la técnica y el comercio les había sido propicio, valía la pena luchar por reencontrar aquel camino. Con conciencia de pueblo adelantado, puntero, se esforzaron tenazmente por vincularse al ferrocarril. No lo consiguieron, pero sí en cambio se les concedió la construcción de un ansiado puerto, cuya primera piedra se

colocó en 1932. Mis primeros recuerdos coinciden con los últimos toques de esta obra.

EJECUCIONES

Yo me acuerdo del día que mataron a los catorce. Estaban prisioneros en una casa del Malecón, con un miliciano de guardia a la puerta. Una madrugada los sacaron y los mataron a tiros en el río de Antas, como a dos kilómetros al Norte de Garrucha. Los gritos y los llantos de los familiares a la puerta de la prisión se podían oír de extremo a extremo del pueblo. Esposas, hijos, padres y hermanos se vistieron de luto y algunos no se lo han quitado todavía. Ahora claman justicia, las cárceles están llenas y de vez en cuando, tras juicio sumarísimo, se produce una ejecución y entonces la noticia corre en seguida de boca en boca. «Han fusilado a Zutano, han fusilado a Perengano», y entonces se ve a nuevas familias que se visten de luto, esta vez familias de izquierdas. En Garrucha la revancha comenzó con la ejecución del ex-alcalde socialista, José Clemente, y del guardia municipal, Antonio Navarro. Muchos otros a los que se les pide cuentas se hallan desde hace tiempo en el extranjero.

LOS VENENOS

Sobre cómo podía ser la vida de una familia humilde en los años republicanos y de las vicisitu-

des y cambios experimentados en las décadas siguientes, me voy a referir a Ana María, que a poco de instalarse mi familia en Garrucha entró en mi casa de niñera para cuidar de mis dos hermanos menores y de mí.

Ana María, hija de Dolores *la Venena*, nos llevaba a su casa, y en la explanada contigua di mis primeras carreras y jugué mis primeros juegos. Era el último edificio de la parte alta del pueblo, frente a la cancela del llamado «Hospital», donde mi padre tenía su escuela. Desde allí se dominaba el espigón del puerto y la ensenada, y retumbaban unos golpes metálicos constantes, algo que ver con el muelle en construcción, supongo.

Desde allí vi el atraque del barco de guerra alemán en los primeros compases de la Guerra Civil, cuyos desnudos cañones, pusieron en estado de pánico a la población, parte de la cual se echó a la campiña vecina. La misión de este barco era saber si los súbditos alemanes del pueblo se encontraban en peligro, dándoles la familia Moldenhauer seguridades de que se hallaban sanos y salvos. No les dijeron que uno de sus hijos, Federico, había permanecido preso hasta el día anterior, con su suerte pendiente de un hilo, evitando así quizá una tragedia al pueblo.

El marido de Dolores *la Venena* se había embarcado rumbo a Buenos Aires hacía muchos años, con la perspectiva de trabajar en una próspera estancia. En sus primeras cartas contaba que le iba bien, que estaba ahorrando dinero y que, en cuanto tuviese suficiente, enviaría el importe del pasaje para la familia —dos niñas y un niño, además de Dolores—. Pasado un año, dejó de escribir, y por más que se hicieron pesquisas indirectas, no se le pudo encontrar la pista. De eso hacía quince años cuando, en 1930, mi familia se estableció en Garrucha. Ya para entonces, sobre todo en la vecina comarca de La Jara, de donde procedía, se le daba por muerto, conjetura que *La Venena* nunca llegó a admitir en su fuero interno.

Dolores poseía un rebaño de cabras que pastoreaba su hijo Juan, y cuya leche vendían en el pueblo. La calle Mayor de Garrucha se despertaba con el tintineo de los cencerros de sus cabras cada mañana, las cuales iban dejando cagarrutas a todo lo largo, y Juan las paraba ante cada puerta, donde aparecía alguna mujer con su jarra en la mano. Juan empuñaba los pezones de las ubres y la leche salía en un chorro potente y afilado. Luego se llevaba las cabras a La Jara, para regresar con la puesta del sol, cuando ya de las chimeneas se elevaba el humo

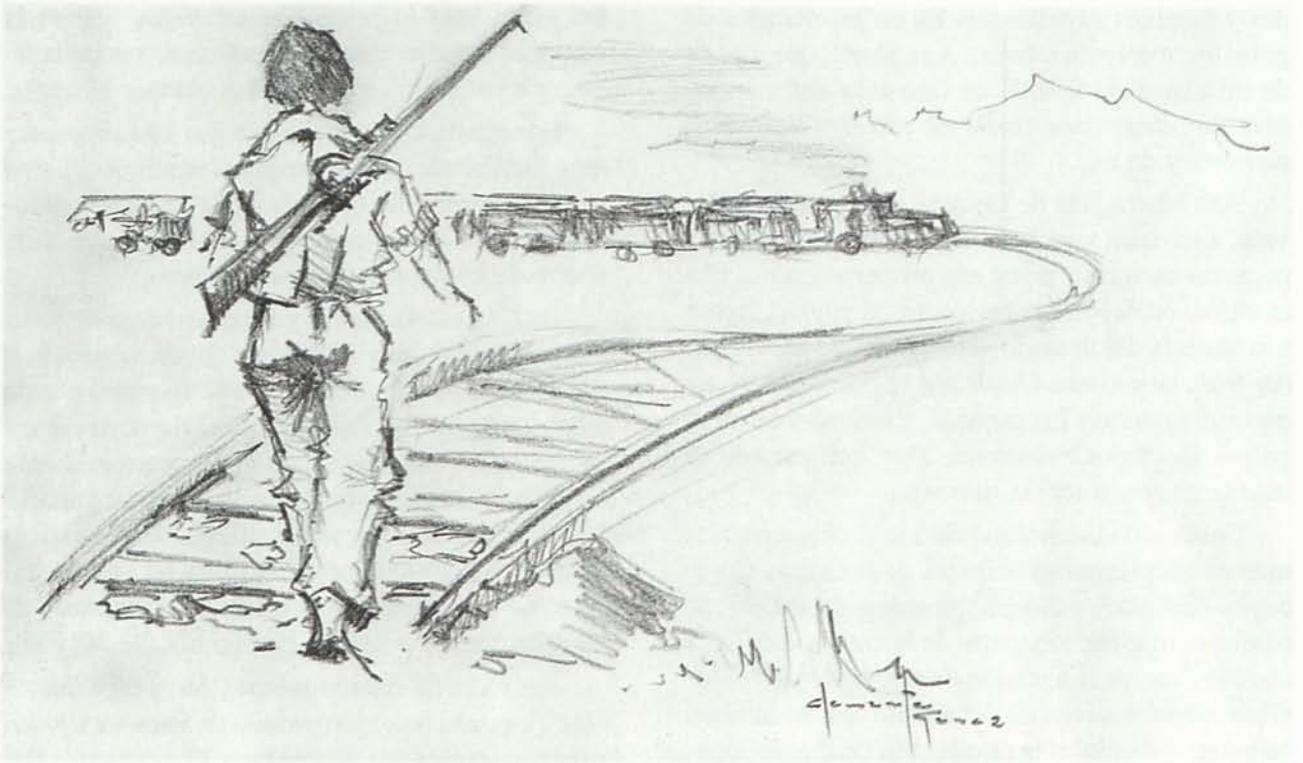
del guiso para la cena. Los animales, negros la mayoría, marrón alguno, penetraban atropelladamente en el corral, sus curvados cuernos al frente.

La vida de Dolores y sus hijos, veo ahora, era muy sacrificada, pero no se puede decir que fueran tan pobres como la mayoría de la gente de entonces. Es más, creo que se defendían bastante bien, dentro de lo que es un pasar modesto.

Pero estalló la guerra y el rebaño dejó de verse por el pueblo. Juan *el Veneno* fue incorporado a filas, y cuando volvió del frente se encontró con un rebaño más que diezmado. La mayor parte de sus cabras había sido requisada para un experimento cooperativo. Con tesón fue rehaciendo su ganado. Por las tardes, al regreso del campo, despachaba la leche en su mismo corral. Pero ya no pasaba por las casas como antes de la guerra. El campaneo de las cabras no se volvería a oír en la calle Mayor.

En el año 59 o principios del 60 volví a Garrucha. Yo estaba recién regresado de Estados Unidos y traía unas pesetas ahorradas y unas cuantas ilusiones, entre ellas la de adquirir una parcela en algún rincón de aquella tierra natal, para en su día hacerme construir una casa donde pasar vacaciones. Estuve varios días en el pueblo, y uno de ellos me subí hasta la calle del Hospital. Yo sabía que Ana María estaba casada, pero no la había vuelto a ver desde el 43, cuando nos trasladamos a Almería. Demasiado tiempo para reencontrar a quien te ha visto nacer y te ha acariciado y cuidado durante la infancia. Yo traía mucha curiosidad por *re-conocer* a quien sólo había visto con ojos de niño. Quería, aplicando la pupila del adulto, aclarar y precisar un retrato que se me presentaba borroso.

El momento que aparecí resultó ser de lo menos oportuno; me encontré a una Ana María profundamente abatida; su madre, Dolores, se hallaba muy enferma. Yo la vi postrada en un sillón, cerúlea, consumida, espectral, aunque en su cara de mujer guapa apenas se veían arrugas. Sus ojos —de siempre tenebrosos— se llenaron de intensa emoción al verme, al tiempo que profería gritos lastimeros y cariñosas palabras ahogadas que sólo ella entendía. Los recuerdos más pertinaces y más dóciles para la evocación son seguramente los primeros en el tiempo: yo no llevo en la memoria la imagen de aquella Dolores en ruinas, sino la de la mujer fuerte y erguida en su ajeteo diario antes de la guerra. La veo en su cocina, alimentando el fuego, metiendo matas secas debajo de la trébedes; sentada en una silla baja de enea frente a la chimenea de campana, las llamas espabiladas iluminándole súbita-



Juan El Veneno parte para la guerra. (Dibujo de Clemente Gerez)

mente el rostro. Dolores preparaba guisos de patatas con carne, ollas de gurullos, de trigo, potaje, gachas y migas, de las que siempre me reservaba la corteza crujiente que se forma al fondo de la sartén. Nada más vernos aparecer ya estaba Dolores sacando un pan de la alacena para ofrecernos sendas rebanadas a los tres pequeños. Durante la guerra, cuando la escuela de mi padre estaba todavía en el edificio del Hospital, yo me acercaba a por esa rebanada, pues la comida de casa se iba haciendo cada vez más frugal. Dolores me hacía sentarme a la mesa de la cocina y me ponía un plato de olivas. Las conservaba en dos orzas, una para las negras, las de aceite, y otra para las verdes, aliñadas con hinojo. Las orzas y la cantarera, con tres cántaros, se hallaban al lado derecho de la chimenea. Al lado izquierdo había una alacena con puertas de cristal donde reposaban tazones, platos, fuentes, vasos, un molinillo de café y un almirez de bronce que Dolores no usaba nunca, pero sí que la vi muchas veces majar con uno de madera colocado sobre la repisa de la chimenea, junto a varios tarros con harina, sal y especias. Me llamaban mucho la atención varios utensilios dorados que jamás eran descolgados de sus alcayatas. Su función la hacían otros tantos duplicados de madera—había cosas intocables e intactas en aquella casa—. Las migas las hacía en sartén, la leche la hervía en cazo de porcelana, pero todos los demás

recipientes, como fuentes, lebrillos, pucheros, ollas y cazuelas, eran de barro. Contigua a la cocina estaba la despensa, una pequeña habitación que almacenaba víveres a granel; en sendos sacos como la harina, las patatas, el trigo y la cebada y el maíz con que se alimentaba los animales; en tinaja como el aceite; en sera como los higos, y en bolsas como las habas secas, los garbanzos y las almendras. De las vigas de la despensa pendían longanizas, morcillas, tocino y espinazo, más unos cuantos melones que se iban consumiendo en el invierno. Aparte de azúcar, sal y pescado, poco acudiría Dolores a las tiendas de comestibles del pueblo, pues de cuando en cuando se proveía de un cortijo de La Jara, donde tenía familia y alguna modesta tierra compartida, cuya renta cobraba en especie. Conforme transcurría la guerra, los brazos jóvenes del campo iban siendo llamados a empuñar los fusiles, de manera que la producción de los cortijos se redujo al propio consumo, empezando a verse bancales abandonados. Este debió ser el caso de los familiares de Dolores *la Venena*, ya que su despensa, paralelamente, se fue vaciando, no quedando más que el reticente olor de las antiguas longanizas y unos cuantos ajos y cebollas que andaban todavía por los anaqueles. Hasta que un día que yo fui a matar el hambre con sus sabrosas olivas, puso un plato delante de mí, en el que no había más de media docena.



Ana María la Veneno en sus tareas cotidianas. (Dibujo de Clemente Gerez)

— *Son las últimas, hijico* —me dijo con un suspiro.

Las había sacado del fondo de la orza después de mucho hurgar con el cazo.

— *Hace un mes que no tengo noticias de mi Juan* —me dijo entre sollozos.

— *No corre ningún peligro y la guerra se va a acabar pronto* —le dije con todo aplomo.

Era la frase que yo le había oído decir a mi padre hacía una semana, cuando ella, angustiada, había venido a casa para preguntar qué pasaba verdaderamente en la zona en que se encontraba su hijo. Durante la guerra nos vino a ver repetidamente para que mi madre le leyera la última carta de Juan y le escribiera la respuesta. Después, en mis visitas, me hacía realizar una segunda lectura.

Mi aparición sorpresiva en el año 59-60 debió causar estupor a Ana María. Allí se presentaba un treintañero de porte urbano que decía ser aquel niño de cuatro o cinco años que figuraba en unas fotos que inmediatamente me mostró. En ella aparecía sentada, vestida de negro —el pelo negro recogido por detrás en un moño—, sosteniendo a mi hermano Gabriel en brazos, y yo a su lado, de cuatro años aproximadamente, la mirada taciturna, enclenque,

con flequillo, calcetines blancos y sandalias. Ana María tendría entonces unos dieciocho años; la cara lo dice, pero el cuerpo es rollizo, como el de una mujer madura.

El marido de Ana María era pescador, ella de origen jareño. Una diferencia que en tiempos anteriores se daba poco en los matrimonios de Garrucha. Los del campo se casaban con los del campo, y los de la mar con los de la mar. El decorado de aquel hogar había cambiado mucho. Ya no se percibía el olor a ganado del corral; las losas del suelo eran nuevas y relucientes; la madera de la alacena y de las puertas había sido barnizada; las sillas de enea habían sido sustituidas por otras de madera, con cojines bordados; en sendos rincones se veían dos mecedoras; del techo colgaba una lámpara de varios brazos, con chorreras de vidrio. Sí que continuaban los cuadros de parques y jardines con marcos en ese. Estuve repasando, con la misma fascinación de antaño, las fuentes, estanques, cisnes y pavos reales, y las señoras lánguidas de melena rubia y esponjosa, ataviadas con castos vestidos de encaje. Pero había cuadros nuevos: eran barcos de guerra, incluyendo un submarino.

— *Le gustan mucho a mi marido, y tiene algunos más que están por colgar* —me explicó Ana María.

Ella se había convertido en un ama de casa, la cual iba poco a poco remozando y apartando de su originario sello rural. En una habitación se veía una máquina de coser con una labor en curso que caía sobre una canasta. Creo que Ana María hacía algunos trabajos de encargo por entonces. Cocinaba en un hornillo de gas, y la chimenea ya no se encendía. En el corral no había ya gallinas, ni cabras ni conejos. Estaba limpio y ocupado por macetas; cobijaba una hiedra, y un rincón del fondo lo ocupaba un pequeño almacén donde su marido guardaba aperos de pesca. Enfrente de la casa la cancela y la tapia del Hospital seguían igual que siempre, pero el edificio originario, donde yo había nacido y donde mi padre tuvo su escuela hasta el final de la guerra, había desaparecido y en su lugar se alzaba un rumboso chalet que se había hecho construir un pudiente de Vera. Tuve una sensación de despojo sentimental, pero me emocionó oler el bálsamo de los eucaliptos que conducían hasta la entrada principal; aún se erguían, acariciados por la brisa del mar y desprendiendo hojas y bolitas que cubrían el sendero. Allí me terminé de despedir de Ana María, que desde el borde de la cuesta me decía adiós con la mano, llorando. Me fui diciéndome que a Dolores ya no la volvería a ver, una mujer a la que siempre recordé y recordaría sufriendo.

No hay nadie que se libre de sufrir, unos más que otros, pero también hay quien lo lleva mejor y quien lo lleva peor, como *Los Venenos*. Volviendo la vista atrás se me hace evidente que tanto Dolores, como Ana María y Juan eran personas de talante triste, si bien es verdad que el abandono del padre por un lado y la muerte de Lucía, la hermana menor de Ana María, fueron golpes terribles. Formaban un pequeño núcleo, independiente y orgulloso, que carecía de protección, favor o padrino, no contando para sobrevivir más que con el sudor y el músculo de sus cuerpos. Sus días eran todos iguales, y nada les hacía pensar que pudieran subir a un plano de más holgura y ocio. Este horizonte totalmente cerrado, esta servidumbre implacable la sufría la mayor parte del pueblo de Garrucha, sobre todo el sector pesquero, que en los intervalos de los temporales o de mala fortuna con las redes, caía presa del aguijón del hambre. Así vivían muchas familias desde tiempo inmemorial, si bien desde el año 31 en que cayó la Monarquía y se instauró la República, los sufrientes empezaron a ver un horizonte de mejora y liberación, esperanza que cundía también en la pequeña clase media de mi familia- y en muchas otras personas de

cualquier esfera social que deseaban hacer avanzar el país. Enfrente estaban los que no querían perder ni un céntimo de sus riquezas, hallándose en tierra de nadie unos modestísimos poseedores, como Dolores *La Venena*, resignados a llevar una vida de sacrificios y fatigas, un destino que ellos consideraban ineluctable.

CASTIGOS

Mi padre y otros maestros del pueblo esperan la depuración, pero a una compañera, doña Nieves, ya le ha llegado, y con sanción. Esta señora fue además sometida a un castigo muy vergonzoso en los primeros momentos de la posguerra: la pelaron al cero, juntamente con otras mujeres de izquierdas. Ahora se las ve con un pañuelo sobre la cabeza y mirando al suelo. Van como huyendo y aprietan el paso cuando alguien les hace burla. Doña Nieves, dice mi madre, estuvo metida en política y las otras actuaron de milicianas, se vistieron el mono azul, alguna lució pistola al cinto y participaron en mítines y manifestaciones revolucionarias.

Doña Nieves y su anciana madre han desaparecido del pueblo, como muchas otras personas y familias enteras. Hay tantas puertas y ventanas cerradas que estremece pasar por algunas zonas, sobre todo por la noche.

COMERCIOS

Aludir a los tiendas y talleres de Garrucha es en gran parte referirse a una sociedad en que todavía se ejercían oficios de ascendencia secular y que hoy se han perdido. A mí me encantaba ver trabajar al herrador y al aperador, cuyo taller tuvo gran actividad al acabar la guerra.

El lenguaje lo asimilamos en la temprana infancia, pero no es infrecuente que hasta la adolescencia, e incluso hasta la madurez, se arrastre algún uso erróneo. Es lo que me pasó a mí con el aperador, al que durante muchos años llamé el «operador», posiblemente por imitación de algunos adultos. En otro lugar me he referido a las muchas horas que pasé en el taller del aperador, situado en la calle Mayor, frente a la puerta trasera de mi casa. Allí se reparaban y se hacían carros, siendo los operarios los hijos del dueño, el maestro Serrano, que hábiles tanto en carpintería como en forja, pues las dos artes son necesarias para tal oficio. Me asombraba ver cómo el duro hierro se volvía dócil

con el fuego, pudiendo ser transformado a fuerza de martillazos que levantaban una lluvia de chispas. Me divertía inflar y desinflar los fuelles de la fragua insuflando potencia al fuego.

Calculo que el taller del aperador debía estar atravesando entonces un período de auge en los primeros años de la posguerra, ya que por una lado la gasolina estaba rigurosamente racionada, y por otro no existía prácticamente mercado de vehículos a motor —los que circulaban eran modelos de antes de la guerra, la mayoría trastos vetustos que requerían constantes reparaciones—.

Además de productora de carros, Garrucha era también productora de barcos de pesca. Había un calafate, en el rincón del puerto, cuyo astillero era una rampa lamida por el mar, donde sucesivamente montaba la quilla, armaba el costillaje, encajaba el cuerpo, breaba, estopaba y pintaba, hasta dejar dispuesta una flamante nave que más parecía salida de la mar que compuesta en tierra.

Un tipo muy diferente de taller, situado detrás de la calle Mayor, no lejos del aperador, me producía desasosiego. ¿Por qué razón entré yo allí bastantes veces? Me ha costado encontrar la razón; había perdido conciencia de ella. Me mandaban a comprar serrín, que entonces era muy usado para fregar suelos. Los operarios eran un señor mayor y su hijo, que en mi recuerdo tendría entre treinta y cuarenta años. Olía a madera fresca el recinto y el hombre más joven, que no paraba de cepillar y garlopar tablones, tenía sobre la oreja un lápiz, y las cejas cubiertas de serrín. Sobre el banco se veía siempre un ataúd en construcción, e inclinados contra las paredes y apilados al fondo de la nave, docenas de ataúdes de distintos tamaños sin vestir, en el color natural de la madera. No eran los atúdes negros y dramáticos de los funerales, pero cada uno con su tapa al lado, me producía inquietud. Procuraba no mirarlos, sobre todo los de los niños. En aquella carpintería se trabajaba sin descanso, haciendo de contrafondo los golpes del martillo sobre las púas. ¿Es que moría tanta gente en Garrucha? Las cifras de los primeros años de la posguerra indican efectivamente que como consecuencia de la desnutrición, la tuberculosis y otras enfermedades entonces temibles, la mortalidad era muy alta, pero me inclino a pensar que esta industria vendía también en otros núcleos de población de la comarca.

En aquellos «años triunfales» en que tantas familias desaparecieron del pueblo, las puertas de los comercios cerrados daban una nota de desolación

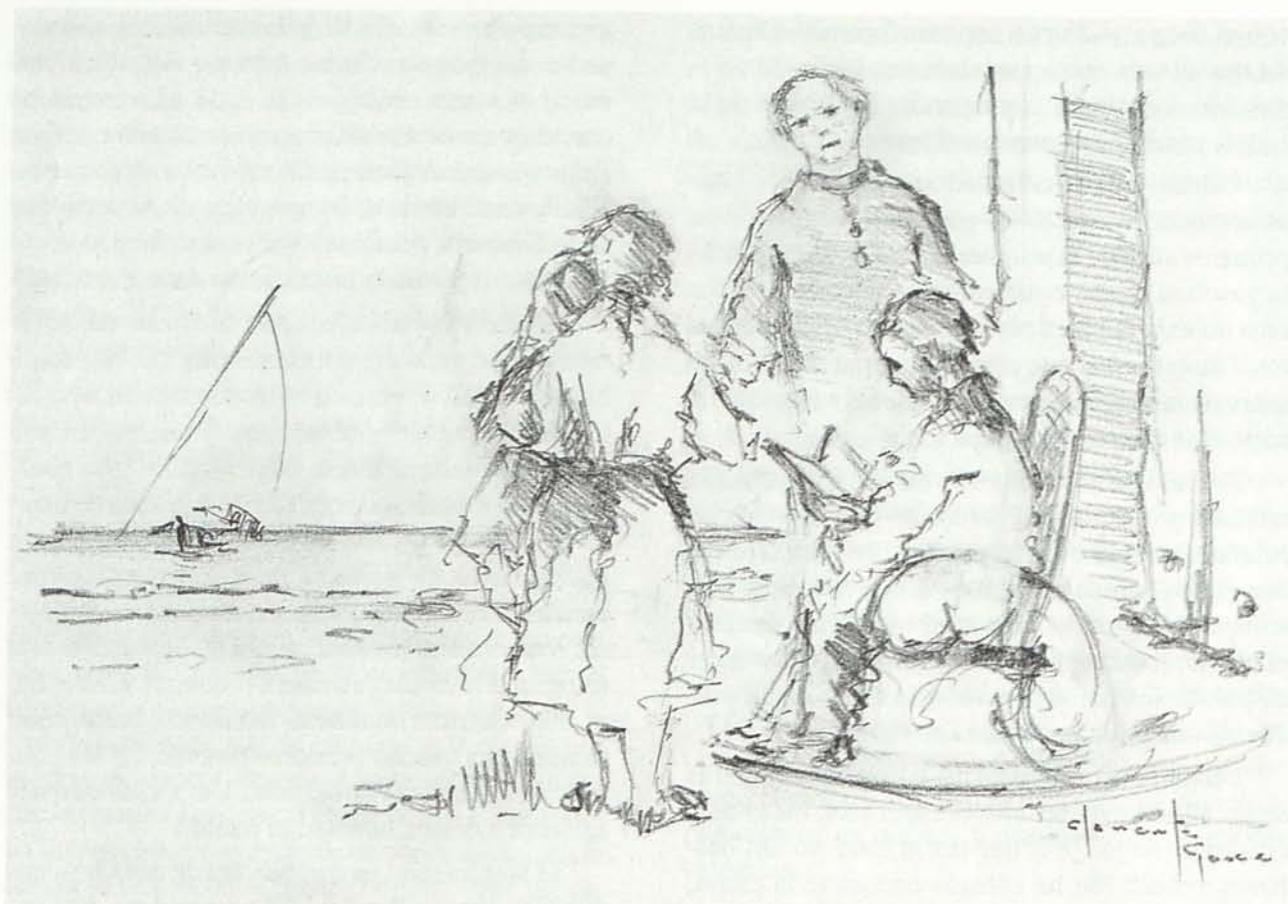
que superaba quizá a la de los domicilios abandonados. La farmacia de don Antonio Fuentes, situada en el tramo central de la calle Mayor, estaba cerrada y en estado de progresivo abandono. Don Antonio, que dejó el pueblo para establecerse en Tíjola, en el límite de la provincia de Almería con la de Granada, fue de los que, como mi padre, saludaron con júbilo la instauración de la República.

Yo me paraba a veces ante la vitrina del retratista que continuaba permanentemente colgada a la puerta. Allí se veían rostros que habían desaparecido del pueblo y otros habían muerto. El sol, que atravesaba a diario los cristales, fue abarquillando y agrietando aquellas fotografías en blanco y negro. Se trataba sin duda de una exposición iniciada antes de la guerra, pues se veía a niños que ya eran muchachos, a niñas convertidas en mujeres, y a personas jóvenes que ahora tenían canas: la fotografía es la congelación del tiempo. El retratista, Pepe Garrido, hombre de izquierdas, había puesto tierra por medio precipitadamente, en los últimos momentos de la debacle. Unos días después su familia dejaba también el pueblo.

El sombrerero, en cambio, era de derechas: una familia muy católica; su hijo, sacerdote, fue uno de los catorce asesinados en el 36. El padre, destrozado anímicamente, dijo que no quería saber nada de un pueblo donde podían ocurrir tales atrocidades, y regresó a su Vera de origen. Me lo contó su hijo Miguel, que cada año se asoma a Garrucha para sentir el palpito de sus años de infancia; reside en Barcelona. La sombrerería abandonada dejaba ver sus estanterías, en las que reposaban unas cajas de cartón ordenadas por tamaño. Conforme pasaban los meses la fachada se fue desconchando, los hierros del toldo oxidando, y el portal llenando de tierra.

Pero los establecimientos que permanecían abiertos no se libraron de la corrosión de la guerra. La tienda de comestibles de Pepe Fernández, sin artículos que vender, sólo trabajaba los días que llegaba la camioneta del racionamiento. Como la tienda de don Antonio Casanova, donde una pálida bombilla pendiente del techo metía sus rayos entre sombras de horror y muerte. El dueño y sus dos hijos habían sido asesinados por la milicia popular.

En la gran tienda de tejidos de Andrés Garrido, los escaparates estaban cerrados, y sólo abría una de sus puertas laterales. No llegaban telas para vender, por lo que casi todas las estanterías se hallaban vacías, quedando sólo de antes de la guerra



Tertulias vespertinas frente el mar, una costumbre que aún se mantiene. (Dibujo de Clemente Gerez)

algunos géneros de menos venta: piezas de visillos, cortinas, hules, manteles y servilletas, que lentamente se fueron agotando. Las piezas de dril azul para confeccionar monos, convertidos por los milicianos en uniforme, dormían en la trastienda. Era arriesgado vestir mono azul.

Detrás de la calle Mayor, en una rinconada, se hallaba el horno de *El Guachi*, exclusivamente dedicado al asado de platos de encargo. Asaba pescados como la melba o la aguja que se llevaban semipreparados en un recipiente metálico, la «cuajadera», si bien el tubérculo boniato se llevó la prima en los «años triunfales». Veo al *Guachi* metiendo y sacando cuajaderas por medio de sus largas palas. Cuando abría la boca del horno se veía el fuego de su interior, que era lo más parecido al infierno que nos pintaba el cura en sus sermones. *El Guachi*, siempre chorreándole la cara sudor, era menudo, fornido, con un pequeño bigote y un diente de oro. A veces, cuando le entraba la ventolera, cerraba su establecimiento y se iba a la venta de la Gurulla a emborracharse. Verlo regresar haciendo eses y diciendo incoherencias era un espectáculo que divertía a grandes y pequeños. Tan ebrio venía que era incapaz de chasquear el mechero para en-

cender el cigarro. Por eso tomaba la precaución de llevar encendida la mecha alrededor del hombro. Era uno de los personajes más populares de Garrucha.

Un establecimiento muy singular de la calle Mayor era la herboristería, propiedad de don Pedro Gerez, un hombre pequeño y vital que trabajaba además de mancebo en la farmacia de Moldenhauer, situada en el extremo Sur del pueblo. El hijo de don Pedro era Juan Gerez, un artista que vivía en Madrid y venía de vacaciones. Había luchado en las filas de Franco y estaba mutilado. Juan tenía una hija y un hijo, Pedro como su abuelo, del que yo era amigo, y por él entré muchas veces en la herboristería, una tienda pequeña, con estanterías llenas de tarros blancos en los que rezaba el nombre de alguna hierba y la enfermedad que combatía.

En la botica de Moldenhauer se podía ver a don Pedro Gerez en todo su elemento. Muchas medicinas tenía que prepararlas el boticario, como si fuera un plato de un restaurante, por lo que se veía casi siempre a gente sentada en el vestíbulo, esperando que se confeccionase su receta. Desde fuera se entreveían unos amplios obradores con estanterías hasta el techo y mesas de mármol con balan-

zas, morteros, tubos, frascos y retortas para elaborar pomadas, jarabes y emplastos.

Servía de puente con la clientela un mostrador con tablero de mármol blanco, y una cancela baja que, sólo franqueaban familiares y amigos, daba paso a la rebotica, un ámbito aséptico, severo y misterioso. El farmacéutico, «don Federo», un hombre delgado y de boscosa barba blanca, la imagen tradicional del sabio, se comunicaba con Pedro Gerez por medio de unos monosílabos ininteligibles para la parroquia. Gerez a su vez atendía al público con una estricta economía de palabras, aunque con respetuosa diligencia.

Pasados no sé cuantos años la farmacia de Moldenhauer se trasladó al centro de la calle Mayor, don Federo ya había muerto y Emilio era su sucesor. Allí le visité en mis esporádicos viajes y pude comprobar el gran afecto que sentía por mi hermano.

Las mejores elegías las hacen los corazones no conturbados; ellos articulan las palabras más apropiadas. Mi hermano Manuel murió en 1984, y en 1986 se presentó póstumamente en Garrucha la segunda edición de su novela, *Amor Prohibido*, que tiene por escenario este pueblo. En un momento del acto se pidió a Emilio Moldenhauer que subiera al estrado para decir unas palabras en recuerdo del homenajeado. Se le quebró la voz en sollozos. No debimos hacerlo.

En una ocasión algo posterior me preguntó Emilio:

— *¿Sabes en qué estábamos de acuerdo tu hermano y yo?*

Después de pensarlo unos segundos, concluí:

— *En la afición al deporte, a la lectura, en el deseo de correr aventuras...*

— *¡En nada, Manuel y yo no estábamos de acuerdo en nada!*

Me dejó de una pieza, pero en seguida percibí que Emilio estaba orgulloso de haber querido a un amigo por encima de diferencias de opinión, en gran parte ideológicas. Las amistades de los años juveniles son quizá las más profundas y perdurables, más que las de la infancia, que a menudo con los años adquieren un distante color sepia.

Mi padre era un republicano, Moldenhauer un conservador; mis hermanos se educaban en un centro público; los hijos del segundo en centros privados; caminábamos por senderos distintos; es posi-

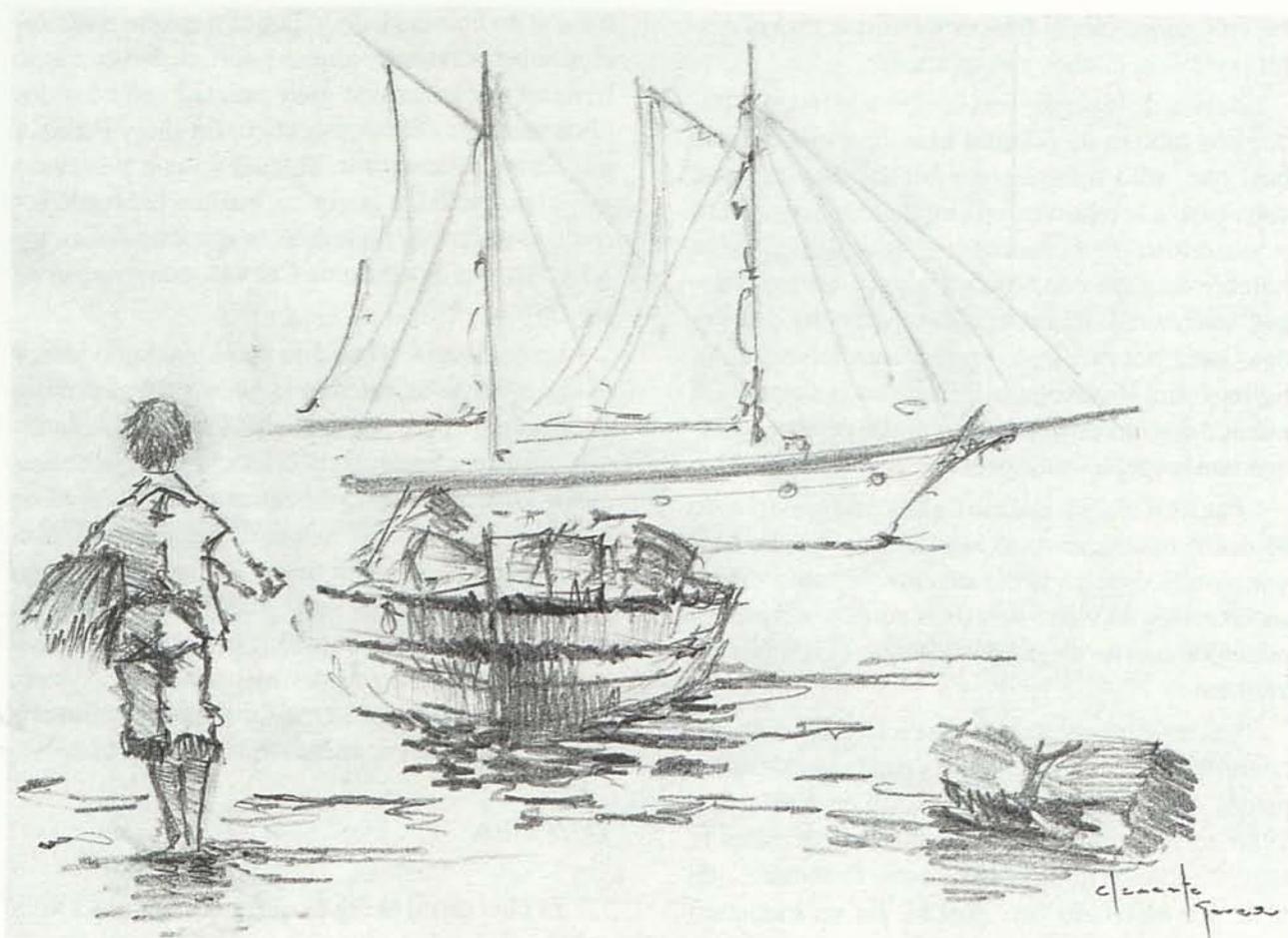
ble que no hubiera habido nunca más que una relación superficial entre ambas familias. Sin embargo terminó por haber una gran amistad entre los dos hijos menores del farmacéutico, Emilio y Pedro, y mis hermanos mayores, Manuel y Juan. Y la causa que lo propició fue la guerra, cuando habiendo cerrado el internado murciano en que estudiaban los primeros y el Instituto de Cuevas, convivieron en Garrucha.

La confitería del pueblo no la puedo olvidar, y es un recuerdo de antes de la guerra. Su mostrador era pequeño, pero sobre él reposaban dos voluminosas vitrinas repletas de bizcochos, magdalenas, tortas y merengues. Debí entrar muchas veces en aquel mágico recinto, saturado de cremosos olores, y gocé de su vista desde los balcones de mi casa. Con los rigores de la guerra y la posguerra cesó totalmente la actividad, y el postigo del escaparate quedó echado de manera permanente, si bien, por alguna razón práctica, la puerta continuaba abierta, dejando ver un hueco sombrío y triste.

ZOZOBRA

El plan de mi padre es que nos vayamos a vivir a Almería capital, donde hay diversos centros de enseñanza en que los hijos podamos estudiar y, posteriormente, conseguir un medio de vida. Al mismo tiempo a él —y a mi madre también— le hace mucha ilusión volver a la ciudad donde nació y se crió y donde tiene muchos amigos. Todo se basa en que le adjudiquen una escuela en Almería, para lo cual debe participar en un concurso público de traslados entre maestros nacionales, concurso en que aparece la lista de las escuelas vacantes. A lo mejor deberíamos residir ya en Almería, pero la guerra ha demorado y trastornado todo. Está pendiente de convocarse un concurso de traslados, en el que no se podrá participar si no se ha pasado por la «depuración», quedando libre de sanción por actividad política contraria a los que han ganado la guerra.

Mi padre tiene mucho cuidado de no hablar cosas importantes delante de mí, pero si las comenta con mi madre termino por enterarme, porque ella se lo cuenta todo a mi abuela, que como está algo sorda le tiene que hablar fuerte. Lo hace cuando se cree que están solas, pero yo sé esconderme muy bien por las habitaciones. Este mes pasado me ha resultado todo mucho más fácil porque no he salido de casa. He estado en cama enfermo, y desde allí seguía casi todo lo que pasaba o se decía. Los



Tras la contienda, en Garrucha continua embarcándose esparto con destino a la exportación.
(Dibujo a plumilla de Clemente Gerez)

maestros del pueblo han sido ya depurados, con la excepción de mi padre. De Madrid se retrasa la resolución de su expediente, lo que le tiene cada vez más preocupado. ¿Por qué su caso se demora tanto? ¿Es que le van a imponer una sanción? La más grave sería la separación del cuerpo de maestros nacionales, con la pérdida de su sueldo. ¿De qué

íbamos a vivir los nueve de familia? Del pequeño sueldo de mi madre como maestra interina del Cantal. Menos grave sería el destierro, que lo destinaran a una escuela rural apartada. En cualquier caso, una sanción le dejaría fuera para solicitar plaza en Almería capital, donde todos podríamos empezar o continuar estudios.

